



C A R A C A S
APARTADO 628

Revista Venezolana de Orientación

AÑO 25 - No. 249
NOVIEMBRE - 1962

Una sencilla rememoración histórica dará su justo valor y patentizará el interés de las reflexiones que vamos a estampar sobre la violencia.

Una empresa tan alta y noble como la Emancipación Hispanoamericana implicó, por su carácter predominante de guerra civil entre patriotas y realistas, la violencia armada popular. Se logró el noble objetivo. Pero Bolívar mismo acusó las graves resacas de la violencia partidista; y América Latina, y particularmente Venezuela, ha vivido un siglo de caudillismo. ¡Qué difícil es desarraigar de un pueblo los hábitos de la violencia armada!

Venezuela, por voluntad del Comunismo Internacional, está viviendo el exordio de una guerra civil sorda y fría. Grandes sectores populares se sienten en la necesidad y el deber de caminar armados.

Los venezolanos respondemos con pasmosa ingenuidad a la guerra de nervios objetivo inmediato de los emisarios y ejecutores de las consignas tácticas de Moscú.

Decimos el objetivo inmediato. Porque el objetivo final de estos brotes intermitentes de violencia por parte del Partido Comunista es, como formularemos más tarde, igualmente claro: Persuadir a las Fuerzas Armadas de la necesidad de su intervención directa en pro del orden público, para volcar después contra el Ejército —con la tacha de dictatorial— la fuerza conjunta de todos los partidos. Con ello volverían a enarbolar la bandera de la Unidad democrática nacional, de la que tan pingües dividendos sacaron en el derrocamiento de Pérez Jiménez. Ellos, los esencialmente antidemócratas y totalitarios.

PRINCIPIOS OBSTA...

Arrastrados por la gravedad de las circunstancias, no previstas por nosotros y sabiamente calculadas por nuestros adversarios, corremos un grave riesgo: el subestimar la violencia. ¡Qué difícil es desarmar un pueblo! ¡Qué difícil es imponer lentamente hábitos de paz social en los sectores de chusma que han gustado de la vida aventurera de la violencia!

Venezuela tiene, dos pasos, en la hermana república de Colombia, la lección más dolorosa. Muy discutida es la génesis de la violencia en Colombia. Algunos jalones parecen más destacados.

Muchos afirman que la violencia se inició en 1930, cuando el partido liberal, aprovechando la doble candidatura conservadora, recuperó el poder en la persona del Presidente Olaya Herrera. Las venganzas liberales en ambos Santanderes acarrearón la muerte de centenares y aun millares de conservadores, sin descartar casos de sacerdotes asesinados. Las autoridades fueron débiles y casi conniventes en aquel atropello.

Cuando una división de la candidatura liberal dió el triunfo a los conservadores, se repitieron las represalias.

Con ocasión del estampido del Bogotazo, se abrieron las cárceles; y la metrópoli de la altiplanicie asistió con estupor al desbordamiento de la furia popular. En aquel momento solemne de la historia de Colombia el Presidente conservador Mariano Ospina Pérez tuvo un mérito y un desacierto. Reprimió la subversión y se negó al reclamo liberal de ceder el poder. Pero cayó en la debilidad de la amnistía de los presos y de los asesinos y admitió siete ministros liberales en el Gabinete. Resabios ingenuos del más íntimo liberalismo, del que no está exento el Partido Conservador Colombiano, sobre todo en su expresión económica, y cuya raíz está en el optimismo roussonian de la bondad natural del hombre.

Junto a las responsabilidades de la política liberal y conservadora nuestros hermanos colombianos suelen citar, como astilla a la hoguera de la violencia, el abuso de poder ejercido en la represión policial por las Fuerzas Armadas antes y en tiempo de Rojas Pinilla. Y llegan incluso a responsabilizar —no a la iglesia, que fué más bien generosa en esfuerzos por la paz— pero sí aisladamente a algunos de sus representantes, contagiados del sectarismo partidista. Nosotros añadiremos una circunstancia más: la injusticia social en que la oligarquía colombiana tiene sumido a un vasto sector de los trabajadores del campo y aun de la ciudad.

Meditación
Sobre la
Violencia

El juego de la política impidió en Colombia la represión oportuna del bandolerismo. Hoy se ha convertido en problema nacional de la más enmarañada complicación. Hasta cinco circunscripciones regionales son feudo de los bandoleros, que imponen salvoconductos y cobran impuestos a los hacendados. Los bandoleros se dejan ver tranquilamente en las ciudades, sin que nadie ose denunciarlos por miedo a horribles represalias y a la impunidad que logran de los tribunales. Puede decirse que el oficio criminal se convirtió en negocio. Las haciendas en peligro bajan de valor y no faltan quienes se apresuren a negociarlas.

Lo que fué un día efecto de rencillas políticas, pasó después a teatro de represalias y venganzas personales. Hoy se ha convertido en oficio. Con una circunstancia agravante: que los bandoleros colombianos comienzan a recibir armas de Fidel Castro y pueden transformarse en peligrosos aliados del Comunismo Internacional.

Deprime el espíritu la desesperada actitud, casi fatalista, con que prominentes colombianos nos hablan de la violencia en su patria, como un fenómeno sin solución, de no saltar a los medios heroicos de la dictadura o de la cruzada, del estado de sitio o la imposición de la pena de muerte. Y todavía se preguntan: ¿Serían eficaces?

El ejemplo de Colombia demuestra el peligro de subestimar la violencia; y comprueba el adagio latino: Principiis obsta sero medicina paratur: Resiste a los principios; un día será tarde y el mal no tendrá remedio.

NO SUBESTIMEMOS EL PROBLEMA DE LA VIOLENCIA EN VENEZUELA

Al disertar de este tema se nos responde doctoralmente: No puede compararse nuestro caso con el de Colombia. No son muchos ni aguerridos nuestros cimarrones. No cuentan con la adhesión, sino con la antipatía partidista, de nuestros campesinos; ni con la aureola heroica de los milicianos de la Sierra Maestra. Se reducen a pelotones de ilusos estudiantes y zagaletones de barrio. No saben bien en qué aventura los han embarcado. El caso de Fabricio Ojeda demuestra que hay una gran diferencia de la clandestinidad urbana a la clandestinidad de la selva.

No negaremos su parte de validez a estos argumentos. Pero noticias muy fidedignas comprueban que los cimarrones han vuelto a multiplicarse por Biscucuy, La Azulita, Aroa y las montañas de Coro. Las mismas fuentes aseguran que en las filas de los cimarrones andinos militan contingentes veteranos de los bandoleros colombianos. Y tenemos una entrenadísima guerrilla ciudadana en plena actividad en Caracas.

Es tremenda la responsabilidad de quienes los alientan desde las filas de la oposición, o los dejan impunes desde las curules tribunalicias o los castigan con tal ineptitud y lenidad desde el poder ejecutivo, que los convierten en fáciles héroes de hazañas no realizadas.

Principiis obsta. Se impone una represión inteligente y vigorosa; una represión inmediata y eficaz; una represión sin exceso de contemplaciones, ya que está justificada en el principio moral de la defensa personal —Vim vi repellere—; y mucho más en el interés del Bien Común. Ajenas experiencias nos deben enseñar sin embargo que serían contraproducentes los excesos anticristianos en el fondo y en la forma de la represión.

LA ULTIMA RAZON DE LA VIOLENCIA

Una cosa es evidente. El Comunismo Internacional trata de utilizar la violencia anárquica, a la que son proclives las naciones latinoamericanas, para el asalto al poder. Ya no se trata de un fenómeno colombiano o venezolano. Bajo protección fidelista el guerrillerismo comienza a cundir por todo el continente.

¿Cuál es el último objetivo de la violencia?

Hablaremos concretamente de Venezuela. Los comunistas reconocen ya en sus autocríticas que van perdiendo la batalla de la Universidad; lamentan la hostilidad del campesinado y la apatía de los barrios obreros. Sin embargo se esfuerzan desesperadamente por impresionar a las altas clases productoras y al propio Ejército con el espejismo de una desesperada disolución social.

El objetivo es claro. Lanzar al Ejército, con el apoyo de los altos sectores de la producción, a una intervención militar para alzar inmediatamente la engañosa bandera de la Unidad Nacional contra la Dictadura y la Tiranía. Entonces se repetirá la oportunidad de pescar en río revuelto. Los partidos demócratas serán sus aliados y el escalón para el asalto al poder, para el triunfo definitivo de la revolución del proletariado. La violencia no es un juego inocuo de escolares ingenuos. Es un juego de alta política. Los que piensen seriamente en el bien de la Patria y de la América Latina, persuádanse que nos hallamos ante una sutil y delicada situación, que reclama sagacidad política, serenidad en las medidas y auténtica energía en la erradicación del venenoso arbusto de la violencia.

M. A. E.